

ALEJANDRO MAGNO

ANTHONY EVERITT

# ALEJANDRO MAGNO

Su vida y su misteriosa muerte

Traducción de Tomás Fernández Aúz

Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Alexander the Great*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sàbat

Ilustración de cubierta: Busto de Alejandro Magno como Helios. Réplica romana del periodo de Adriano (117-138 d. C.) de un original griego del s. III a. C.

Primera edición: noviembre de 2021

© 2019 by Anthony Everitt

«This translation published by arrangement with Random House,  
an imprint and a division of Penguin Random House LLC»

© mapas: 2019 by David Lindroth, Inc.

© de la traducción: Tomás Fernández Auz, 2021

© de la presente edición: Edhasa, 2021

Diputación, 262, 21ª

08007 Barcelonas

Tel. 93 494 97 202

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-2749-6

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 17252-2021

Impreso en España

*Para Daphne y Jeremy,  
con todo cariño*

# Índice

<i>Prefacio: El rey se va de vacaciones.</i> . . . . .	13
1. Los reyes cabreros . . . . .	27
2. El aprendiz . . . . .	59
3. «Ya se ha engalanado al toro» . . . . .	97
4. El lobo solitario . . . . .	129
5. Bautizo de sangre. . . . .	161
6. Un nudo por deshacer . . . . .	193
7. El imperio contraataca . . . . .	223
8. Anhelos de inmortalidad . . . . .	251
9. En la casa del camello. . . . .	293
10. «¿No es hermoso ser rey y cabalgar en triunfo?» . . . . .	325
11. ¡Traición! . . . . .	355
12. Una guerra sin fin . . . . .	399
13. Pasaje a la India . . . . .	441
14. Muéstrame el camino a casa. . . . .	481
15. Últimas disposiciones . . . . .	525
16. Juegos funerarios . . . . .	555
<i>Notas</i> . . . . .	567
<i>Glosario</i> . . . . .	617
<i>Cronología</i> . . . . .	621
<i>Agradecimientos</i> . . . . .	627
<i>Metodología y fuentes</i> . . . . .	629
<i>Índice analítico</i> . . . . .	651



## Índice de mapas

Las conquistas de Alejandro. . . . .	24
Batalla del río Gránico . . . . .	180
Batalla de Issos. . . . .	237
Batalla de Gaugamela . . . . .	311
Batalla del río Hidaspes. Preliminares . . . . .	466
Batalla del río Hidaspes. El choque . . . . .	471

## Prefacio

### El rey se va de vacaciones

Han pasado más de dos mil años, pero Alejandro Magno sigue siendo un personaje famosísimo. Su vida fue una verdadera aventura y le hizo recorrer hasta los últimos confines del mundo conocido. Su atractivo físico añade brillo a su imagen. Su recuerdo y su hechizo personal subsisten.

Los estudiosos contemporáneos han hecho grandes esfuerzos para relatarnos sin tapujos la realidad del joven macedonio, pero sus crónicas nos hablan de las preocupaciones propias de la época que les tocó vivir a ellos mismos, en su condición de narradores, al menos tanto como de las cuitas propias del período en que alentó su gran protagonista. En la primera mitad del siglo xx, Alejandro fue el modelo que seguir por todo caballero inglés que se preciara de serlo, sobre todo si abrazaba convicciones idealistas y creía en la unidad del género humano. Sin embargo, tras la segunda guerra mundial se convertiría, a los ojos de muchos, en el prototipo del dictador totalitario, en una suerte de Hitler o Stalin de corte clásico.

Ha llegado el momento de contemplar su figura desde una perspectiva nueva. Como es natural, esta biografía es un reflejo de las esperanzas y temores que hoy nos agitan, en este siglo xxi que pronto habrá cubierto la cuarta parte de su andadura, y vendrá a girar fundamentalmente en torno al fortísimo y fascinante impacto que ejerce sobre nosotros el éxito militar, que, pese a todo, es simultáneamente efímero e incapaz de permanencia. Sería difícil imaginar que pudiera ser de otro modo. No obstante, lo que me propongo es evocar en su realidad desnuda la existencia cotidiana del mundo antiguo, transmitir las convicciones que quizá defendiera Alejandro en su fuero interno. Son muchos los sentidos en que puede afirmarse que fue un monarca macedonio perfectamente asimilable a otros

de su misma región, y desde luego no se parecía en nada a los estadistas contemporáneos. Si algo merece es que se le mida en función de los valores vigentes en el siglo en que tuvo que desenvolverse, y que se evite criticarlo sobre la base de los que actualmente mantenemos.

La intención que me ha movido a escribir el presente libro se cifra mucho más en entender que en elogiar o esgrimir condenas.

En el momento en que emprendió sus primeras campañas, Alejandro no pasaba de ser un simple rey macedonio apenas salido de la adolescencia y al que la vida todavía no había puesto a prueba. Sin embargo, con el tiempo, el desconocido monarca no solo se revelaría capaz de conquistar el vastísimo imperio persa, sino que lograría culminar su biografía sin perder una sola batalla. Fue sin duda uno de los comandantes más competentes que haya conocido el mundo.

El hecho de que su vida privada presente un cariz parcialmente ambiguo ha suscitado una enorme atención y lo ha convertido en un icono del universo homosexual (pese a que el sexo no le interesara en exceso, ni con un género ni con otro).

Alejandro fue una persona de temperamento naturalmente curioso, y tanto la ciencia como la exploración lo intrigarón grandemente. Le gustaban las disciplinas atléticas y el arte, y para él, la magnífica epopeya que Homero compuso sobre la guerra de Troya —la *Ilíada*— era una especie de biblia.

La muerte lo sorprendió a la temprana edad de treinta y tres años, pero, paradójicamente, esta misma circunstancia ha contribuido a presentarlo en nuestro imaginario con un aspecto sempiternamente joven. No obstante, su personalidad tenía también una faceta más sombría. Era un hombre que glorificaba la guerra y adoraba la fama que esta permitía obtener a los valientes, aunque en esto tampoco se distingue de muchos de sus contemporáneos. Disfrutaba con la violencia, y su intrepidez era directamente suicida, hasta el punto de que resulta fácil ceder a la impresión de que consideraba que el hecho de combatir en una batalla constituía una saludable forma de ejercicio físico.

Pese a que de cuando en cuando llegara a cometer actos de terrible crueldad, también es preciso resaltar que se conducía de modo caballeroso, cortés y leal.

La muerte de Alejandro es un misterio sin resolver. ¿Falleció como consecuencia de un cúmulo de causas naturales, cayó abatido por algún tipo de fiebre o sucumbió asesinado por sus mariscales, encolerizados por su comportamiento tiránico? Una autopsia nos permitiría salir de dudas, pero ya es un poco tarde para hacerla.

Hace siglos que se han enfriado las pistas que podrían ofrecernos un hilo del que tirar. Todos cuantos han consignado en un relato los recuerdos de la terrible quincena de agonía que sufrió Alejandro tenían una reputación que proteger, y además en el momento de publicar sus memorias no se hallaban sujetos por ningún juramento de fidelidad a los hechos. Desde luego, no será volcándonos en el estudio de un conjunto de controvertidos relatos como nos será dado descubrir el secreto del fin de Alejandro. Si queremos lograr esa hazaña tendremos que examinar el fondo de las interacciones que mantuvo con sus coetáneos. ¿Quiénes eran los hombres y las mujeres que lo acompañaban, qué amigos y enemigos revoloteaban a su alrededor? ¿Qué pensaban los demás de él, y qué opinión le merecían al interesado estos semejantes? ¿En qué optó por cifrar la esencia de sus lealtades y cuáles fueron los imperativos egoístas que motivaron su proceder?

El presente libro sigue muy de cerca la espectacular carrera de Alejandro, y se detiene a observar los detalles de su súbita conclusión, ya que ambas cosas asemejan la vida de nuestro héroe a la trayectoria de una flecha. Y será el vuelo de esa saeta el que finalmente pueda conducirnos a desentrañar el enigma.

\*\*\*

En el año 323 a. C., Alejandro disfrutó de unas vacaciones largo tiempo diferidas en la lujosísima metrópoli mesopotámica de Babilonia.<sup>1</sup> Dicha capital era una de las mayores ciudades del imperio persa, aunque con el paso de los siglos había ido adquiriendo la costumbre de atender las necesidades de cuantos invasores quisieran servirse de ella. Sus célebres Jardines Colgantes eran una de las siete maravillas del mundo antiguo.<sup>2</sup> Desde luego, tanto Alejandro como sus exhaustos soldados necesitaban urgentemente unas cuantas semanas de ocio y placeres ininterrumpidos en esa fantástica urbe. El jovencísimo soberano macedonio se había pasa-

do diez años largos guerreando sin parar en su irrefrenable avance por el imperio persa. Su ímpetu militar le había llevado a las puertas de la India, logrado el derrocamiento del Gran Rey aqueménida, y puesto en sus manos las riendas del poder imperial. Tras haber obtenido un rosario de victorias en el Punjab y a lo largo del río Indo, Alejandro había emprendido la marcha para regresar a la civilización occidental, un empeño que le había exigido cruzar un tórrido desierto y asumir la muerte de miles de hombres a causa de la escasez de agua. Tales habían sido las aventuras y desventuras que había tenido que afrontar antes de alcanzar al fin la seguridad de Mesopotamia y poder disfrutar de sus deleites.

En ese momento, Alejandro era todavía un hombre atractivo en la flor de la edad, y su triunfal pasado auguraba claramente un brillante futuro. Su siguiente proyecto, que se disponía a emprender de forma inminente, consistía en fundar una larga serie de poblaciones comercialmente viables a lo largo de la costa árabe. De hecho, cerca de Babilonia se había construido ya un puerto específicamente concebido para servir de base a la nueva flota alejandrina. Entretanto, el ejército se aprestaba a partir por vía terrestre en dirección sur. La victoria se daba por supuesta, pero, una vez conseguida, ¿quién sabía lo que podía suceder?

Pero no adelantemos acontecimientos: de momento nos encontramos a finales de mayo, y dado que el implacable calor del estío de esas latitudes se aproximaba a buen paso, Alejandro decidió que necesitaba una buena temporada de descanso. Babilonia contaba con todos los servicios que pudiera desear. En todas partes había agua en abundancia. En su tránsito hacia el golfo Pérsico, el río Éufrates pasaba por el mismísimo centro de la urbe para verterse en los fosos que bordeaban las elevadas e imponentes murallas levantadas a base de ladrillos de terracota. Y más allá de esos contrafuertes se abría un terreno sembrado de marismas y lagunas rebosantes de fauna salvaje y surcadas por canales de regadío y aljibes igualmente colmados.

En el norte de Babilonia, se alzaban al cielo dos palacios colosales, repletos de oficinas y talleres.<sup>3</sup> Uno de ellos hacía las veces de museo, al menos en parte, y se cuenta por ello entre las primeras instituciones de ese género que haya conocido el mundo. En él se atesoraban artefactos elaborados en épocas anteriores, y era probablemente el lugar en el que los reyes y sus familias dejaban transcurrir, en suntuosa reclusión, su existencia privada. El

otro, al que los arqueólogos modernos han dado el nombre de «palacio meridional», estaba básicamente consagrado a la realización de funciones administrativas y ceremoniales. Poseía cinco grandes patios, todos ellos rodeados de oficinas y talleres. Uno de esos amplios espacios abiertos daba acceso a la inmensa sala regia en la que se encontraba el trono, custodiado por sólidos muros cubiertos de losetas vidriadas de tonos azules y amarillos y decorados con relieves florales, siluetas de leones y motivos en forma de abanico que remedaban la frondosa copa de las palmeras.

A un lado del palacio, junto a la orilla del río, se elevaban los Jardines Colgantes, para pasmo de los visitantes. Se trataba de una larga serie de terrazas ascendentes, superpuestas de forma escalonada unas sobre otras y sostenidas por inmensos arbotantes de ladrillo. Cada una de esas terrazas abrazaba un profundo bancal de tierra y aparecía cubierta de árboles y arbustos. De este modo se conseguía un efecto visual similar al de contemplar la boscosa ladera de una colina. Una escalinata comunicaba entre sí la totalidad de los pisos, y la irrigación de los distintos niveles se conseguía extrayendo agua del río mediante un conjunto de bombas mecánicas. Se decía que el rey más encumbrado y victorioso de Babilonia, Nabucodonosor II, había ordenado erigir ese bellissimo edén suspendido para agradar a su esposa, que añoraba los montes que habían arrullado su infancia.

En principio, tampoco podía decirse que esos Jardines Colgantes contuvieran nada verdaderamente insólito, dado que venían a ser una suerte de versión urbana y condensada de los vastos vergeles cercados y parques que tanto gustaban a los ricos y poderosos, a los que complacía solazarse en el fresco verdor para huir de los resecos páramos de Oriente. La palabra que empleaban los griegos para referirse a esa clase de jardines era *paradeisos*, de la que procede nuestro «paraíso».

Como muestra el diseño mismo de los Jardines Colgantes, parece claro que las gentes de Babilonia, así como los demás habitantes de Mesopotamia, sabían gestionar con gran habilidad el agua. Construyeron canales y sistemas de regadío y, de hecho, justo al norte del palacio meridional, levantaron una estructura que parece haber servido a modo de gran depósito.

En el flanco oriental de Babilonia, una muralla exterior que se alzaba como primera medida de defensa frente a cualquier ataque englobaba tras de sí una inmensa zona de terreno más despoblado. Conducía al lla-

mado palacio de verano, situado cerca de dos kilómetros al norte del casco urbano.<sup>4</sup> Este edificio no solo estaba dotado de una serie de pozos de ventilación para contrarrestar el calor del día, también se encontraba lejos del centro de la ciudad, obviamente abarrotado, así que ofrecía un cierto alivio a la familia gobernante. Es posible que el palacio también cumpliera las funciones de cuartel militar: desde luego, había una gran explanada en las inmediaciones, perfectamente apta para albergar un campamento del ejército. Alejandro prefería vivir con sus hombres a permanecer en la ciudad, aunque también solía pasar algún tiempo en la tienda real o a bordo de los barcos amarrados en el río. Lo determinante en nuestro caso es que, lo hiciera en esos puntos alternativos o en el palacio, Alejandro no solo supervisó los preparativos de la expedición a Arabia, sino que encontró asimismo fórmulas para relajarse.

La situación de la armada iba aproximándose ya poco a poco a un estado de total disposición al combate, y además se había puesto en marcha un programa intensivo de instrucción castrense. Las aguas del río eran el escenario de las competiciones de velocidad en que se enzarzaban las diferentes clases de embarcaciones de guerra, y a los vencedores se les entregaba como premio una guirnalda de oro. En la tarde del 29 de mayo (o el 18 de Daesio, según el antiguo calendario griego), Alejandro decidió organizar un banquete para homenajear a su ejército.<sup>5</sup> Se trataba de un acontecimiento destinado a celebrar el fin de la última campaña bélica, la invasión de la India y el inminente inicio de una nueva guerra, en esta ocasión para lanzarse a la conquista de Arabia.

Sin embargo, mientras no se iniciaba la marcha había tiempo para una buena juerga. A todas las unidades acantonadas en el campamento se les envió una buena cantidad de vino, y también se les hicieron llegar distintos tipos de animales para ofrecer sacrificios a los dioses, lo que significa que se los asaba en un altar y que después su carne se servía en un banquete a todos los presentes, según era costumbre en el mundo antiguo. El invitado de honor que se sentaba en la mesa del rey era en este caso el almirante de la flota, un griego llamado Nearco, que pese a no poseer un talento particularmente destacado reunía la doble condición de leal seguidor de Alejandro y de amigo de la infancia del monarca.

Alejandro conocía bien las obras de Eurípides, el poeta trágico ateniense de finales del siglo v, así que comenzó a recitar los versos de su *Andrómeda*.<sup>6</sup> El argumento de la pieza guardaba relación con una hermosa y joven princesa que se hallaba encadenada en un peñasco y corría el grave peligro de ser devorada por un monstruo marino. En el último minuto, se presenta súbitamente el héroe Perseo, a lomos de Pegaso, su caballo volador, y rescata a la desdichada. Solo han llegado hasta nosotros algunos fragmentos del drama, y no sabemos qué estrofas declamó el rey, pero desde luego una de las que pudo haber incluido en su representación responde sin lugar a dudas a la alta opinión que tenía de sí mismo:

La gloria alcancé, no sin muchas penalidades.<sup>7</sup>

El hábito convencionalmente aceptado por todos cuantos participaban asiduamente en los festejos a los que se les invitaba sostenía que no debía empezar a beberse de verdad sino una vez que se hubiera terminado de comer. El vino era un tanto almibarado y podía contener un elevado porcentaje de alcohol, sobre todo si lo comparamos con los caldos de nuestros días. Por regla general, se servía diluido con algo de agua. Se llevó a la sala del banquete una enorme vasija conocida con el nombre de cratera. Esta jarra, provista de dos asas, estaba repleta de vino a rebosar (podía llegar a contener cerca de siete litros de líquido), y al llegar al comedor fue recibida con alborozo por los comensales, reclinados en divanes compartidos. El anfitrión, o quizás un maestro de ceremonias escogido por los presentes, era el encargado de decidir qué cantidad de agua debía añadirse al vino y cuántas veces convenía permitir que se colmaran las copas. Los convidados esgrimían cada uno su propio vaso y los criados empleaban cucharones para llenarlos.

Los macedonios y sus monarcas llevaban muy a gala su larga tradición de grandes bebedores, resistentes al alcohol. No era en modo alguno insólito que hubiera festejos que terminaran constándole la vida a alguno de los beodos más vehementes. En una obra de teatro que solía representarse en Atenas, tiempo atrás, es decir, en siglo iv, Dioniso, el dios del vino y el delirio, enumera las fases de la borrachera:

A los hombres sensatos les preparo solo tres cráteras: una para la salud (que es la que beben primero), una segunda para el amor y el placer, y una tercera para el sueño. Una vez que han envasado el tercer cuenco, los hombres prudentes regresan a su hogar. La cuarta crátera nada tiene que ver conmigo: pertenece ya a la esfera del mal comportamiento; la quinta se resuelve en griteríos; la sexta acaba en groserías e insultos; la séptima es generadora de peleas; con la octava se da en romper los muebles; la novena os sume en la depresión, y la décima propicia los abismos de la locura y el desmayo.<sup>8</sup>

Alejandro ya había experimentado en otras circunstancias las ocho primeras etapas de esta escala, y sabemos que en esta ocasión realizó tantos brindis como hombres había en la sala, y eran veinte. Después optó por abandonar la fiesta a una hora temprana y echarse a dormir. Se trataba de una conducta muy poco habitual en él, así que es posible que se sintiera un tanto destemplado. Fiel a su costumbre, tomó un baño antes de tenderse en la cama, pero, al terminar sus abluciones, Medio de Larisa, uno de sus amigos de Tesalia, lo invitó a participar en una fiesta que prometía prolongarse hasta altas horas de la noche. «Te lo pasarás estupendamente», le prometió. El rey se dejó convencer y siguió bebiendo. Sin embargo, al final también se marchó y regresó a sus aposentos.

Al día siguiente, se sintió algo febril, de modo que se pasó casi todo el tiempo en el lecho. Jugó a los dados con Medio y cenó con él. El alcohol volvió a formar parte del menú. De acuerdo con una de las versiones de lo sucedido, Alejandro retó a uno de sus invitados a vaciar de un solo golpe una crátera de vino.<sup>9</sup> Una vez apurado el vaso, el interpelado pidió la revancha al rey y le propuso repetir la jugada. Alejandro lo intentó, pero sin éxito. Un dolor punzante le hizo arquear la espalda, «como si hubiera sido traspasado por una espada».<sup>10</sup> Profirió un agudo grito y se dejó caer pesadamente sobre el cojín de su asiento. Se marchó de la sala, comió algo y volvió a bañarse. La fiebre había cobrado ahora mayor fuerza, así que se quedó profundamente dormido *in situ*, sin salir de las termas.

En la mañana del tercer día, Alejandro seguía igual, sin ninguna mejoría. Fue llevado en andas sobre una litera a fin de poder realizar el cotidiano sacrificio destinado a convencer a los dioses de que debían velar por su persona y los hombres de su ejército. Su indisposición constituía

un enojoso contratiempo, pero nada más. Dio instrucciones a sus hombres para la inminente campaña árabe y se entretuvo escuchando a Nearco, cuyos relatos le hacían recordar sus peripecias marítimas.

Más tarde, el rey fue llevado a orillas del Éufrates en su lecho ambulante, ya que allí lo aguardaba la embarcación que debía trasladarlo río abajo, a los palacios de Babilonia. Una vez llegado a su destino, Alejandro se instaló en el *paradeisos*, es decir, en los Jardines Colgantes, sin duda atraído por el sosiego, el silencio y el frescor que reinaba en ellos. Se acomodó en una cámara abovedada próxima a una gran piscina. Dedicó un tiempo a estudiar con sus generales varios temas relacionados con los puestos vacantes del ejército y pasó un buen rato charlando con Medio.

Los días fueron pasando, y la salud de Alejandro continuó empeorando poco a poco. Según parece, cerca de sus aposentos había varias albercas y termas en las que darse un chapuzón, y sabemos que el rey fue trasladado al menos a una de ellas y que finalmente se le condujo a un pabellón situado junto al aljibe de la ciudad. Estos constantes cambios de ubicación hacen pensar que entre el personal que atendía al monarca estaba empezado a cundir el pánico.

Resultaba cada vez más evidente que Alejandro se encontraba gravemente enfermo. Se advirtió a sus comandantes y altos funcionarios que permanecieran cerca de su persona por si llegaba a requerirse su presencia. Los generales montaron guardia en el patio contiguo a la estancia que ocupaba. Los oficiales de las distintas compañías y regimientos se agruparon en el exterior de la urbe, frente a su acceso principal. El día 5 de junio, Alejandro fue llevado de nuevo al Palacio de Verano, y allí habría de permanecer hasta su fin, aunque es posible que prefiriera alojarse en la tienda real situada en las inmediaciones del campamento del ejército.<sup>11</sup>

La fiebre no cedía. La noche siguiente a su llegada a la residencia estival se hizo patente que el soberano se moría. Le resultaba imposible hablar, pero encontró fuerzas para entregar su anillo de sello a Pérdicas, el general de mayor rango. Así fue como escenificó el traspaso de poder, aunque es posible que lo juzgara meramente temporal.

Corrió el rumor de que Alejandro ya había expirado. La soldadesca se arremolinó en torno del portalón frontal del palacio y comenzó a lanzar gritos y amenazas de sublevación. Se abrió una segunda entrada en la pared de su estancia para que las tropas pudieran desfilarse con mayor faci-

lidad frente a su agonizante capitán. Se les franqueó la entrada, aunque previamente despojados de cualquier manto o armadura. Arriano de Nicomedia, el historiador que ha relatado la biografía de Alejandro, nos transmite así la escena:

Imagino que algunos sospechaban que el personal más estrechamente unido al rey, sus ocho guardias de corps, estaba tratando de ocultar su muerte, pero, para la mayoría, la insistencia con la que se exigía ver a Alejandro era simplemente una expresión de su dolor y del anhelo de despedir al rey que estaban a punto de perder. Dijeron que Alejandro era ya incapaz de hablar cuando el ejército pasó frente a él, pero lo cierto es que hizo grandes esfuerzos por levantar la cabeza, y desde luego tuvo en la mirada un saludo para todos y cada uno de sus hombres.<sup>12</sup>

Siete de sus generales iniciaron el ritual de la incubación.\* Pasaron la noche en el templo de una de las deidades babilonias,<sup>13</sup> con la esperanza de tener una visión de buen augurio o un sueño alentador. En su recogimiento, preguntaron al dios si debía trasladarse al rey a ese mismo santuario, pero la respuesta que obtuvieron, para su gran abatimiento, fue que debían dejarlo donde se encontraba.

El 11 de junio, entre las tres y las seis en punto de la tarde, fallecía Alejandro, a un mes, poco más o menos, de cumplir los treinta y tres años.<sup>14</sup> «¿Qué va a pasar ahora?», se interrogó todo el mundo, lleno de inquietud. Nadie tenía la menor idea. Si las crónicas que han llegado hasta nosotros son fidedignas, ni siquiera el mismísimo rey había sabido despejar la incógnita. Cuando todavía conservaba el habla, se había ocupado por un instante, sumido en la desilusión, de las cuestiones sucesorias. Oyó que alguien le decía: «¿A quién deseas dejar el reino?», y replicó: «Al más fuerte».<sup>15</sup> Y se asegura que acto seguido añadió: «Preveo la celebración de grandes juegos fúnebres tras mi desaparición».

\* Práctica religiosa consistente en dormir en un lugar sagrado a fin de propiciar un sueño sanador de inspiración divina. Uno de los ejemplos más conocidos de esta antigua tradición es el que figura en la Biblia, I Reyes, 3, 5, donde se cuenta que Yavé se apareció a Salomón en sueños por la noche y le dijo: «Pídeme lo que quieras que te dé». (*N. del T.*)

Pérdicas quiso saber cuándo quería el monarca que se le ofrecieran honores divinos. Y esta fue la contestación que obtuvo: «Cuando a vosotros os plazca».<sup>16</sup> Se asegura que esas fueron las últimas palabras de Alejandro.

Las razones de la muerte del monarca eran tan inciertas como el futuro del que acababa de quedar descabalgado. Se supuso que se había debido a causas comunes. No obstante, pasado un tiempo, comenzaron a salir a la luz diversos detalles y circunstancias que apuntaban a una conjura destinada a envenenarlo. Por consiguiente, la verdadera pregunta quizá no fuera qué había acabado con el rey, sino quién.

Dos son las explicaciones que tenemos de su fin. Ambas nos han sido presentadas con una guirnalda de datos, pero son tan oscuras que todo cuanto podemos hacer es jurar por lo más sagrado que resultan verosímiles. Una de ellas sentencia que hubo asesinato, y la otra aboga por una compleja concatenación de factores naturales. ¿A cuál de las dos hemos de dar crédito?

Para tratar de averiguar la verdad, aunque sea sonsacando a los testigos, será mejor que empecemos por el principio y nos zambullamos en el relato de esta breve e incandescente biografía.

Todo comenzó con la llegada de un principito a la vocinglera y peligrosa corte de Macedonia.

# Capítulo 1

## Los reyes cabreros

El 20 de julio del año 356 a. C. fue un gran día para Filipo y constituyó uno de los puntos culminantes de su existencia, al menos hasta ese momento.

Filipo era un hombre inteligente y carismático que, apenas mediada la veintena, llevaba ya dos años en el trono de Macedonia. No obstante, su posición no constituía ninguna sinecura, dado que estaba rodeado de enemigos. El día de autos al que nos estamos refiriendo, Filipo se hallaba en campaña, en compañía de su ejército. Uno tras otro, tres mensajeros se presentaron en su campamento, y todos ellos eran portadores de espléndidas noticias.

El primer jinete le entregó un informe de Parmenión, su fiel y competente general, que le indicaba que acababa de obtener una victoria frente a los fieros y sanguinarios ilirios, enemigos inveterados de los macedonios. Después llegó un despacho procedente del sur de Grecia, donde se estaban celebrando los Juegos Olímpicos. Filipo había inscrito un corcel en una de las pruebas de equitación. Solo los individuos más acaudalados podían permitirse entrenar y atender al mantenimiento de los carros tirados por dos o cuatro caballos, pero la financiación de un jinete capaz de competir en una carrera ecuestre de más de siete kilómetros de longitud constituía de por sí un desembolso considerable. Sin embargo, la inversión de Filipo se había revelado rentable, ya que su montura había llegado en primera posición. La publicidad que iba a granjearle ese triunfo conseguiría lustrar su maltrecha reputación.

El último emisario llegó no obstante de Pella, la capital de su reino. Su esposa Olimpia había dado a luz a un chiquillo perfectamente sano. Los videntes o adivinos oficiales aseguraron al monarca que el hecho de

que la llegada de un hijo hubiera coincidido con los otros dos notables éxitos constituía en sí mismo un buen augurio. Cuando se hiciera mayor, sería sin duda invencible, le dijeron. Y para el padre, era, además, la promesa de la continuidad dinástica.

El recién nacido iba a recibir el nombre de Alejandro.

No obstante, en el horizonte del jovencísimo príncipe heredero se perfilaba la perspectiva de un abrumador legado. No tardó en comprender las realidades que regían la vida y la muerte en los círculos de un miembro de la familia real. Como era un muchachito espabilado y observador, acertaba a retener todo cuanto veía, de modo que las más tempranas lecciones de su existencia le sirvieron para entender las pautas llamadas a regir las actitudes de su inminente existencia adulta.

Estas son algunas de las cosas que sin duda tuvo ocasión de aprender.

Los agrestes paisajes de la geografía macedonia, con sus abruptas quebradas y peñascos, no eran en modo alguno propicios para el buen gobierno. El reino se extendía al norte del monte Olimpo, el hogar en el que tradicionalmente se hacía residir a Zeus y a otras deidades antropomorfas del panteón helénico. Su centro estaba formado por una fértil llanura aluvial rodeada de montañas cubiertas por los espesos bosques de la Macedonia septentrional. En la costa, la línea del litoral aparecía interrumpida por el tridente geográfico de la península Calcídica, salpicada de asentamientos comerciales griegos.

Macedonia estaba habitada por un abigarrado conjunto de tribus levantiscas que dedicaban casi todo su tiempo y energía a la caza y la cría de ganado. Realizaban periódicamente la trashumancia de sus ovejas, haciéndolas pasar de una tierra de pastos a otra, ya que en invierno las conducían al ramoneo en las llanuras, mientras que en verano las alimentaban en las pendientes de las estribaciones montañosas. Y, en su rebeldía, ninguno de esos pueblos prestaba la menor atención a la autoridad central de su propia patria. Una miríada de aldeas tachonaba la campiña, pero las comunidades urbanas bien establecidas resultaban por el contrario muy escasas.

El reino disponía de una importante materia prima, y en cantidades poco menos que ilimitadas: la madera de buena calidad. El comercio por el mar Egeo se estaba incrementando, ya que las rutas marítimas permitían viajar o transportar pesadas cargas de un modo mucho más sencillo que los caminos terrestres. Por ello mismo, crecía también la demanda de

barcos mercantes y galeras de combate, lo que inevitablemente hacía que se necesitara un incesante suministro de remos y planchas de madera con las que recubrir el armazón de las naves. Los altos árboles de Macedonia eran idóneos para esos cometidos, a diferencia de la raquítica cubierta vegetal que crecía en el paisaje griego. Y para el calafateo de los barcos se exportaba asimismo la brea o alquitrán.

La existencia cotidiana, incluso la de los déspotas, se centraba en satisfacer las necesidades básicas. Heródoto, al que se acostumbra a dar el nombre de «padre de la historia», cuyas obras vieron la luz en el siglo v a. C., nos relata los pormenores de la primitiva monarquía macedónica. Sus contemporáneos habrían reconocido en sus escritos la sencillez del modo de vida regio, que apenas había experimentado cambio alguno en el transcurso de los siglos. El monarca vivía en una casa de labranza bajo un techo horadado por una abertura destinada a permitir la evacuación del humo del hogar, y la propia reina era la encargada de guisar para comer. Heródoto, que probablemente tuvo ocasión de visitar Macedonia, lo comenta con estas palabras: «Porque antaño aun los príncipes eran pobres en dinero, y no solamente el pueblo».<sup>1</sup>

Hasta la época de Filipo (e incluso en períodos posteriores), los soberanos llevaron siempre un tren de vida informal. Cuando estaba en casa, Filipo se dedicaba a cazar y a beber con sus compañeros de armas, o *hetairoi*. En el campo de batalla, luchaba al frente de su ejército, rodeado de un selecto cuerpo de guardia integrado por siete aristócratas, llamados *somatophylakes*.<sup>\*</sup> Era inevitable que la magnífica armadura del rey se convirtiera en blanco predilecto de los ataques enemigos.

Filipo se mezclaba sin dificultad con sus súbditos y eludía la ostentación de títulos y designaciones, de modo que quienes se acercaban a él utilizaban su nombre o lo llamaban «rey». Tenía que aguantar las impertinencias de los soldados rasos, tal y como Agamenón, el comandante en jefe de la tropa enviada a Troya, se había visto obligado a escuchar al Tersites homérico, un personaje patizambo, cojo y pendenciero que «sabía muchas palabras groseras para disputar temerariamente, y no de un modo decoroso, con los reyes».<sup>2</sup>

\* Es decir, guardaespaldas (o «guardacuerpos», por tomar la expresión en su literalidad). (N. del T.)

Y es que, en efecto, un monarca como Filipo no era un autócrata, sino un jefe tribal, y tanto su éxito como su eventual fracaso dependían en buena medida del comportamiento que tuviera en las guerras y de la magnanimidad que acertara a mostrar en los tiempos de paz. Una de sus misiones más importantes consistía en ser generoso y no escatimar la concesión de favores personales, a lo que debía sumar asimismo la entrega de dádivas en forma de tierras, dinero y botín, siempre y cuando las campañas permitieran arrancarlo.

De manera nuevamente similar a Agamenón, también Filipo seguía la prudente práctica de consultar a los oficiales de más alto rango que servían a sus órdenes. Lo cierto es que Filipo era un hombre perfectamente adaptado al papel que le había tocado desempeñar, ya que, si en los planos superficiales de la gobernación sabía valerse de un relajado sentido del humor para hacerse obedecer, en las cuestiones de verdadera hondura operaba en cambio con una determinación realmente inflexible. Hay una anécdota que ejemplifica su estilo. Al término de una campaña, y mientras se entregaba a la supervisión de una transacción destinada a vender como esclavos a una partida de prisioneros, la túnica que lo cubría se había levantado y dejaba a la vista sus genitales. Al percatarse del percance, uno de los prisioneros aseguró de pronto que era amigo del padre de Filipo y solicitó una entrevista en privado. El hombre fue conducido a presencia del rey, y este halló entonces el modo de susurrarle al oído: «Bájate un poco la túnica, porque de la forma en que te encuentras sentado estás exponiendo a los ojos de todos más de lo que deseas mostrar». Al oír estas palabras, Filipo respondió: «Dejadlo libre, pues en verdad había olvidado que se trata de un amigo verdadero».<sup>3</sup>

Sabemos muy poco sobre los derechos constitucionales del soberano, pero según parece accedía el trono por aclamación, bien ante una asamblea de ciudadanos, bien frente al ejército congregado.<sup>4</sup> Sin la sanción aprobatoria de una asamblea no era posible aplicar la pena capital a ningún macedonio. No obstante, pese a que sus poderes gubernativos fuesen limitados, los dirigentes astutos solían ingeniárselas casi siempre para salirse con la suya. Por regla general, era el hijo primogénito del rey el que heredaba la corona, aunque esto no fuese en modo alguno una norma fija de invariable cumplimiento, como veremos.

El filósofo Aristóteles, cuyo padre era el médico oficial de la corte macedónica, pensaba justamente en Filipo al observar que «la monarquía está situada en correspondencia con la aristocracia, pues se basa en el mérito o en la virtud personal, o en el linaje, o en los beneficios prestados, o en estas cosas y en el poder, es decir, en la capacidad para hacer cosas».<sup>5</sup>

Los sucesivos gobernantes se esforzarán una y otra vez, con notable éxito, por cierto, en imponer su voluntad a sus indómitos súbditos. Andando el tiempo, a finales del siglo VI a. C., el mundo exterior hará súbitamente acto de presencia, encarnado en la figura de Darío I, dueño y señor absoluto del vasto imperio persa, que en ese momento se hallaba además en plena expansión y se extendía desde las costas del Mediterráneo oriental hasta las mismísimas puertas de la India, de Egipto a la Anatolia. Un autor lo ha descrito diciendo que en realidad se trataba de un desierto salpicado de oasis. En él había llanuras bien irrigadas, en las que muchas veces el agua era más abundante que en la actualidad, y áridos páramos vacíos. La presencia de cordilleras escarpadas y anchos ríos complicaba y planteaba importantes desafíos a cualquiera que deseara realizar un viaje o librar una guerra.

El fundador del imperio persa había sido Ciro el Grande, y sus orígenes se situaban a mediados del siglo V a. C. En sus primeros tiempos, los persas habían sido nómadas y, de hecho, incluso en los días de su máximo apogeo como potencia imperial, sus gobernantes conservarán el hábito de permanecer en constante movimiento, deseosos de visitar una u otra de las metrópolis del país: Susa, Persépolis y Ecbatana. Las grandes salas del trono de sus palacios eran una suerte de versión en piedra de la tienda real que utilizaba el soberano en sus desplazamientos. Como todos los nómadas, los persas eran unos jinetes fantásticos, y sus arqueros montados tenían fama de combatir con ferocidad en el choque con sus enemigos.

Según algunas estimaciones, el imperio contaba con una población de unos cincuenta millones de habitantes.<sup>6</sup> Procedían de muy diversas culturas, hablaban una mezcla de lenguas y practicaban una amplia gama de religiones. En una clara muestra de prudencia política, se les gobernaba con guante de terciopelo. No obstante, si se alzaban contra la autoridad central, todo cuanto les aguardaba eran llamas, pillajes y matanzas. En último término, el imperio era una monarquía militar.

El rey de reyes, como acostumbraba a llamarse al emperador, tenía intención de consolidar el extremo noroccidental de sus vastos dominios mediante el afianzamiento de una frontera infranqueable: el río Danubio. Esto implicaba someter la región de la Tracia, es decir, la gran porción de tierra que se abre entre la cordillera de los Balcanes, el mar Negro y el mar de Mármara. Si examinamos la zona en un mapa político moderno, observaremos que incluye porciones de lo que hoy es Grecia, Bulgaria y Turquía.

En torno al año 512 a. C., un inmenso ejército persa invadió la Tracia y avanzó después a marchas forzadas hasta rebasar el cauce del Danubio. Sin embargo, los nómadas escitas burlaron la táctica de Darío al negarse a entablar combate. Eran perfectamente conscientes de que a los efectivos del gran monarca no les sobraban ni el tiempo ni los víveres, así que tarde o temprano se verían obligados a emprender la retirada.

Viendo que las tribus de las montañas estaban haciendo peligrar la consecución de los trofeos que esperaba obtener en la comarca occidental, el rey de reyes tomó la decisión de invadir Macedonia. Encargó a uno de sus generales que se ocupara del asunto. Se enviaron mensajeros al rey que gobernaba por entonces la patria de Alejandro, Amintas I. Los heraldos le hicieron saber que Darío le pedía tierra y agua, símbolos con los que se le daba a entender que lo que en realidad se le exigía era sumisión y lealtad. Amintas aceptó su papel de vasallo y casó a su hija con un alto dignatario imperial, ya que sabía que obtendría un gran número de ventajas si permitía que Macedonia se convirtiera en una provincia más del rey de reyes (o en una satrapía, por emplear la palabra persa).<sup>7</sup> Era consciente de que el apoyo de Darío lo pondría en una situación inmejorable para agrandar su propio reino y cortar las alas a los súbditos que pretendieran ir por libre.

Su hijo adolescente, que acabaría ascendiendo al trono con el nombre de Alejandro I, vería las cosas desde un ángulo muy distinto, y según nos cuenta Heródoto, en un banquete real organizado en honor de los enviados del rey persa tomó medidas muy violentas para cambiar el rumbo de los acontecimientos.<sup>8</sup> Conforme fue avanzando la velada, la ebriedad de los invitados fue en aumento. Por regla general, las mujeres respetables no asistían a este tipo de festines, pero en este caso se las hizo pasar al comedor por expresa petición de los persas. Amintas se sintió grave-

mente ofendido, así que, presionado seguramente por su enfurecido hijo, ideó una argucia. Dijo a los persas que podían acostarse con las jóvenes que más les gustasen, y añadió: «Permitid que estas mujeres, si os agrada, pasen al baño, y después de bañadas, recibidlas de nuevo».

Entonces, el propio Alejandro «escogió mozos imberbes [...], los atavió con el traje de ellas, les entregó dagas» y los hizo sentar junto a los persas, que seguían atareados en la mesa del convite, «y cuando los enviados intentaron ponerles las manos encima», los macedonios los asesinaron. No quedó un solo persa con vida: su servidumbre, sus carruajes y su gran aparato, todo desapareció junto con ellos, como si jamás hubieran existido. El rey de reyes mandó buscarlos afanosamente, pero no encontró ni su rastro. Y los macedonios respondieron con cara de póker a todas las preguntas e investigaciones.

Es probable que la fuente de la que Heródoto extrae este relato sea el mismo Alejandro, ya en su madurez, y de hecho podría tratarse incluso de una jactanciosa invención, pero ilustra de forma muy gráfica la humillación que la ocupación persa hacía sentir a los macedonios de las más altas esferas, lo que sin embargo no impediría que el imperio les sujetase las riendas por espacio de treinta años.<sup>9</sup>

Fue, no obstante, esa mortificación la que logró sentar, en última instancia, las bases del poderío macedonio, ya que por muy deshonrado que se considerara, lo cierto es que, una vez aupado al trono, Alejandro I no tuvo inconveniente en valerse del apoyo persa para obtener importantes anexiones territoriales. Resulta dolorosamente irónico constatar que, sin la intervención armada del rey de reyes, Macedonia nunca habría alcanzado la condición de gran potencia.

Al sur de Macedonia se encuentran las islas griegas, sembradas de pequeñas repúblicas, todas ellas feroces, ambiciosas y creativas. De entre ellas destaca, sin duda, Atenas, la *ville lumière* del mundo antiguo, aunque en el Peloponeso el papel preponderante corresponde a la *polis* militar de Esparta.

Aunque los griegos, o helenos, como acostumbraban a llamarse a sí mismos, discreparan prácticamente en cualquier tema, la verdad es que compartían al menos una opinión unánime: la de que estaban hechos de una pasta muy superior a la de sus vecinos de otros pueblos. Todo el que

no fuese griego era bárbaro por definición, ya que la palabra «bárbaro» es de origen onomatopéyico, pues reproduce simplemente el sonido que los griegos percibían —«bar, bar, bar...»— cuando escuchaban una lengua extranjera.<sup>10</sup> Y cualquiera que hablase en esos idiomas ininteligibles era indigno de respeto y de confianza.

Pese a que los griegos se tuvieran por miembros de un club exclusivo, la verdad es que en otros aspectos se comportaban de una forma tan briosa como extrovertida. Eran comerciantes que no temían embarcarse en grandes viajes y, a partir del siglo VIII, sus barcos surcarían de un lado a otro las aguas del Mediterráneo. Fundaron asentamientos permanentes, tanto a lo largo de las costas continentales como de las islas del mar Egeo, sin olvidar ni Sicilia ni el sur de Italia. Por un lado, el objetivo de estas colonias consistía en proteger y desarrollar las rutas mercantiles, mientras que, por otro, se centraba en absorber el exceso de población, ya que hemos de recordar que nos encontramos en una época en la que los incrementos demográficos acababan por agotar la capacidad de producción de alimentos de las comarcas habitadas.

Tal y como explicaba Platón, todas estas comunidades de nuevo cuño se agrupaban «como ranas alrededor de una charca»,<sup>11</sup> y gracias a ellas la influencia del mundo helénico se expandió enormemente. Desde luego, todas ellas eran orgullosamente independientes. Por desgracia, eran muchas las que se hallaban alineadas, como las cuentas de un rosario, a lo largo del litoral de la Anatolia. Me estoy refiriendo a las ciudades-estado de Jonia. Estas poblaciones venían a constituir el límite occidental del imperio persa y, como era de esperar, las ciudades-estado jónicas no tardaron en caer en manos del rey de reyes.

Pocos griegos continentales se habían inquietado lo más mínimo por la anexión de Macedonia, pero un gran número de ellos juzgó por el contrario ultrajante el destino de sus compatriotas de la otra orilla del Egeo. En el año 499 a. C., los jonios enarbolaron la bandera de la rebelión y expulsaron a los déspotas que el gran soberano persa había designado para gobernarlos. Dando muestras de imprudencia, la democrática Atenas envió una flotilla para ayudar a los insurrectos. Contribuyeron a entregar a las llamas a la vasta y próspera ciudad de Sardes, capital de la Lidia, pero poco después regresaron a su lugar de origen. Llegado el año 493, los rebeldes se vieron obligados a tirar la toalla.